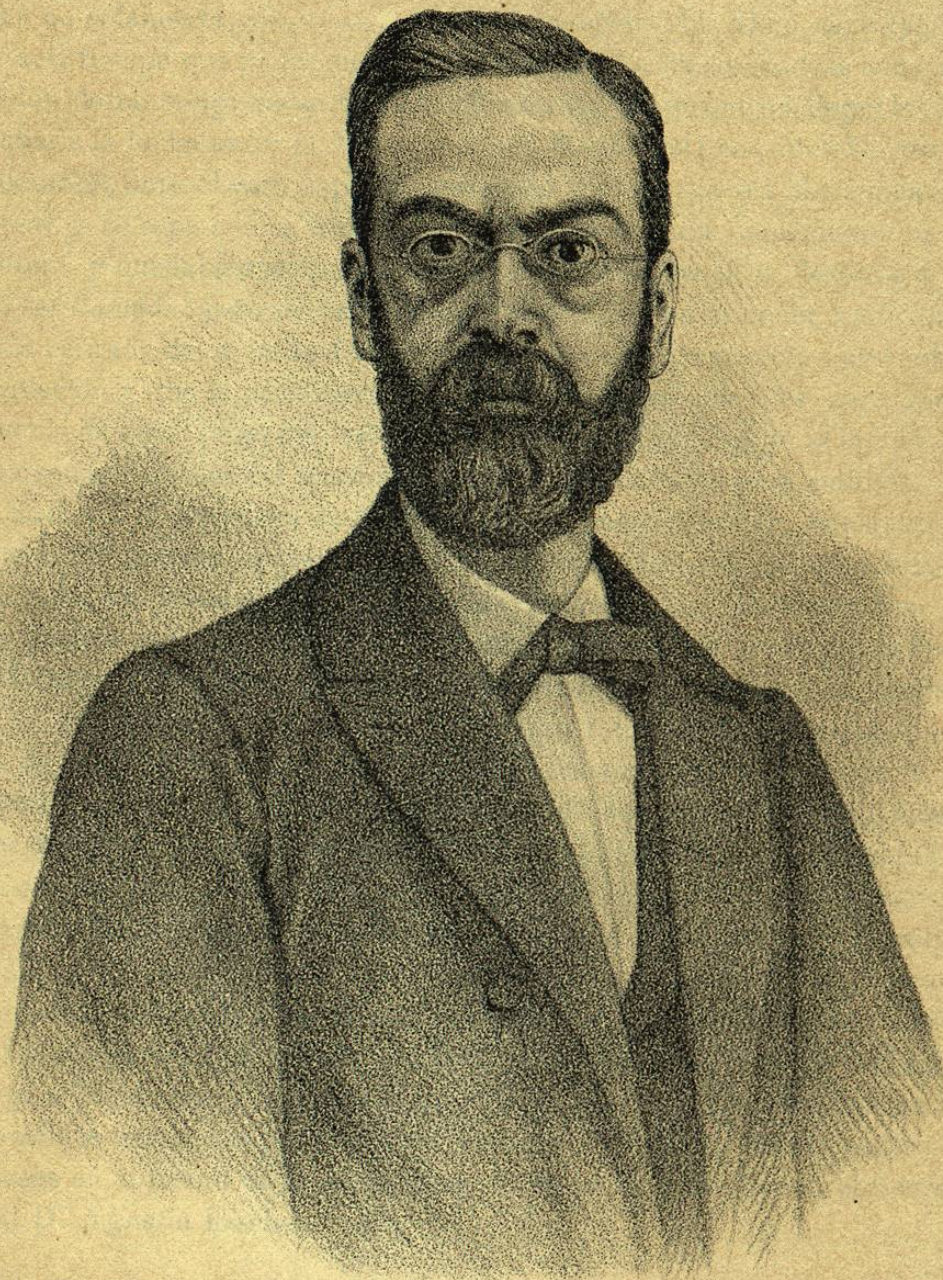


seguir auxiliando al Imperio ni con soldados ni con dinero, dejando al Emperador Maximiliano en libertad para tomar una decisión. Los ministros Lares y Arroyo pidieron que se pusieran en manos del Imperio los arsenales, la artillería y municiones, y la fuerza mexicana para emprender las operaciones militares que el gobierno nacional juzgara oportunas, y que á la vez le fueran confiadas las plazas fuertes. También querían saber los comisionados por Maximiliano, la época más lejana en que sería la retirada del ejército francés y qué auxilios podría prestar este para la pacificación del país. Para el caso en que Maximiliano abdicara, deseaban saber lo que haría el Mariscal, según las instrucciones de Napoleón, con el fin de evitar la anarquía y los desórdenes que seguirían á la falta de gobierno.

Los tres comisarios franceses confirmaron el 7 de Noviembre las resoluciones de Napoleón; todas las fuerzas y el material de guerra mexicanos, quedarían confiados á los generales imperialistas, dueños ya de los establecimientos militares; las plazas del Imperio serían entregadas á las autoridades imperialistas, previniéndoles con tiempo oportuno el día en que serían abandonadas por los destacamentos franceses; estos seguirían protegiendo á los funcionarios y poblaciones en las zonas aun ocupadas por ellos; pero sin emprender expediciones. En cuanto á lo que harían los franceses si se retiraba Maximiliano, se contestó que era imposible exponer las medidas en los casos eventuales; pero ofrecieron que siempre procurarían mantener el orden, el respeto á los votos de las poblaciones y la salvaguardia de los intereses franceses.

Tal contestación no satisfizo á Maximiliano ni á su secretario el padre Fischer; el primero dirigió el 12 de Noviembre una carta á Bazaine fechada en Orizaba, pidiendo que la respuesta fuera colectiva por los representantes de la Francia y una declaración explícita. Decíale que antes de resolver definitivamente lo que había de hacer y para el caso en que su resolución fuera abandonar este país, quería dejar arreglados ciertos puntos que merecían atención particular, y pedía que el gobierno francés acordara los recursos necesarios para que regresara á la patria la legión austro-belga, que sería la primera en evacuar el territorio mexicano. Las autoridades francesas dispondrían que á los gastos de la expedición se añadieran los indispensables para pensionar á los mutilados é inválidos del cuerpo austro-belga, en el caso de que no bastara para ello el producto de la venta de los cañones de la legión austriaca, que eran de la propiedad particular de Maximiliano; las pensiones deberían ser liquidadas por una comisión nombrada por el Mariscal, de la que formarían parte los coroneles Kodolich y Van der Smissen, quienes se encargarían de enviar las cantidades respectivas á los individuos que á ellas tuvieran derecho. También quería que las autoridades francesas dispusieran, que el tesoro mexicano entregara diez mil pesos á la princesa Iturbide á cuenta de su pensión, y que se enviara igual suma á Francia para el príncipe Salvador Iturbide, en abono de lo que se le debía, disponiendo que solamente pudiese gozar de los intereses durante su menor edad, é insistía en que



*Lic. D. José Linares,*

Consejero de Estado en el gobierno de Maximiliano.

En pliego cerrado que el Emperador Maximiliano entregó en Querétaro, durante el sitio, al general Leonardo Márquez y que éste abrió al saber que Maximiliano había caído prisionero, se nombraba una Regencia compuesta de tres miembros propietarios y tres suplentes, siendo uno de estos últimos el Consejero de Estado D. José Linares.



se le dieran á D. Carlos Sánchez Navarro 45,000 pesos de la deuda de la lista civil, y las sumas necesarias para liquidar las cuentas de la gran cancillería. Ponía á la vez Maximiliano su propiedad particular, bajo la salvaguardia del Mariscal.

Entretanto Maximiliano maduraba su proyecto de convocar un congreso nacional, no solamente porque se lo había aconsejado Mr. Eloin, sino también porque hacía tiempo que meditaba en el mismo asunto, lisongeándose con que la convocación de tal congreso se haría pacíficamente, luego que partieran los franceses y acabaría la lucha entre la Monarquía y la República; consideraba que si aquella sucumbía ante el voto popular, desenlace que ya preveía Maximiliano, podría regresar á Europa con la frente levantada, descendería noblemente los peldaños del trono y quedaba apto para ejercer en su patria los altos destinos á que pudiera ser llamado; pero necesitaba, para sostenerse en el poder hasta que concluyera la retirada del ejército francés, apoyarse en algún partido que contrariara la insurrección y que le permitiera tratar con los jefes liberales para asegurar la ejecución de aquel proyecto, esto es, la manifestación libre de la opinión de todas las personas notables del territorio nacional, convocadas para emitirla.

Sostenía el secretario de Maximiliano, el padre Fischer, constantes relaciones con el partido conservador y el clerical, del que se constituyó jefe; y presentaba sin descanso á la vista de Maximiliano, los falsos recursos con que aquel partido creía contar. En momentos decisivos se presentaron los generales Márquez y Miramón, para apoyar las tendencias del capellán confesor de la Corte. Acababan de desembarcar estos generales en Veracruz, después de dos años de ausencia y pasaron rápidamente el camino entre el puerto y Orizaba. No pudieron permanecer sordos al llamado de su partido, y al siguiente día de haber desembarcado llegaban á la hacienda de Jalapilla, para ofrecer á Maximiliano sus espadas, si consentía en arrojarse en brazos del partido conservador y abrir por segunda vez la campaña bajo la enseña del Imperio. Maximiliano ya no vaciló, ofreció reintegrar á los clericales en la posesión de sus bienes y sus dignidades; pero pide á los jefes de su partido que conserven en lo posible el secreto por algunos días. Miramón parte para la capital y se apresura á llevar la noticia al Ministerio y al Consejo de Estado, alienta á sus correligionarios, dicta las medidas necesarias para levantar un nuevo ejército y reunir cuatro millones de pesos en el tesoro de la monarquía, obrando de acuerdo con el Secretario imperial D. Agustín Fischer. (\*)

(\*) El presbítero Agustín Fischer era de corpulenta estatura y tan ambicioso como intrigante; se presentaba vestido de paisano. Acerca de su vida privada circulaban singulares rumores. Cuando Maximiliano, después de las noticias del estado lamentable que guardaba la Emperatriz, se fué para Orizaba, y los franceses lo mismo que los americanos esperaban á cada momento la abdicación, el padre le siguió á esa ciudad y de acuerdo con Márquez y Miramón lograron persuadirle que se quedara en México, ofreciéndole que le asistirían suficientemente con tropas y recursos si no dejaba de apoyarse en los mexicanos.



En su nueva política no debió contar Maximiliano con los conservadores; el llamamiento que les había hecho á última hora, recordaba lo que antes había pasado y les obligaba á ser precavidos; tenían razón para temer que si más tarde el Imperio se establecía pacíficamente, su jefe emprendería de nuevo la marcha de progreso que había iniciado y de la cual no podría retroceder. Bastaría reflexionar en que Maximiliano, despreocupado en materias religiosas, sencillo en su interior doméstico, franco y demócrata á fuer de buen marino, no podía ser el hombre más apto para establecer un trono, cuyos cimientos descansaran en los privilegios y en la intolerancia. Así lo comprendían los conservadores y por lo mismo querían aprovechar los elementos del Imperio, en beneficio de su propio partido; pero sin sostener al Emperador más que el tiempo indispensable, porque sería una amenaza constante para que las ideas de ellos llegaran á dominar.

De los liberales quedarían solamente al lado del Emperador, los que le tenían un afecto personal nacido del trato íntimo en que con él habían estado, ó los que buscaban algún medro.

En la mente de los liberales imperialistas así como en la de los conservadores, existía la misma convicción de que era necesaria la retirada de Maximiliano, é igualmente existía la idea de que esta retirada no debía verificarse desde luego, ya porque sería deshonoroso para el Emperador marcharse con los franceses, ya porque sobrevendría el trastorno más lamentable á causa de estar todos los partidos armados, y del choque que entre sí tuvieran no podía provenir más que una guerra prolongada y desastrosa. Resultaba en resumen, que la opinión general de los imperialistas era la misma en cuanto á la retirada del Emperador Maximiliano; pero no en cuanto al tiempo en que ella debía tener efecto.

Maximiliano, acosado por los franceses, debil por sus tenaces enfermedades y profundamente disgustado por la que aquejaba á su esposa que padecía en Miramar, llegó á veces á tomar de pronto la resolución de abandonar á México y aun escribió algunas cartas en que se despedía de los amigos que dejaba en el país; pero las reflexiones dimanadas de la influencia del Padre Fischer, le hicieron suspender el envío de estas cartas, aunque no por ello abandonaba la idea de retirarse. En tales circunstancias desembarcaron en Veracruz los generales D. Miguel Miramón y D. Leonardo Márquez, los cuales se dirigieron á Orizaba. El primero que no tenía permiso de regresar á su patria, venía, suponiendo que el Imperio había concluido, á recoger á sus antiguos partidarios y tal vez con el ánimo de

Maximiliano conocía lo ineficaz de tales promesas y tal vez no le hubieran inducido á quedarse á no ver sido por el padre Fischer que, conociendo el carácter caballeresco y altruista del Emperador, le pintó con los colores mas negros la futura condición misera de los imperialistas, que quedarían en México. Estas consideraciones le resolvieron á no abdicar con gran sorpresa del Mariscal Bazaine y del general Castelnau, cuyos proyectos para arreglar los negocios con el gobierno republicano, representado para ello por el general Gonzalez Ortega, quedaban destruidos. El Padre Fischer atendió antes que á los intereses de Maximiliano, á los de la Iglesia romana.

enarbolar la bandera de la reacción que siempre había sostenido en sus manos; Márquez no tenía prohibición de volver; sin duda traía también planes formados para cuyo desarrollo se necesitaba la presencia de Maximiliano en México, pues mientras que Miramón se mostraba neutral en el problema de la abdicación y aun se inclinaba en favor de la retirada del Emperador, Márquez se unió desde luego abiertamente con el Padre Fischer y el partido conservador é interpuso todo su valimiento para conseguir que Maximiliano abandonara la idea de retirarse. A los intereses que los conservadores tenían por la permanencia del Emperador, venía á unirse el disgusto que les causaba el personal del nuevo gobierno que proponían los franceses para sustituir el régimen imperial. El Mariscal Bazaine, el General Castelnau y D. Alfonso Danó, habían propuesto á Maximiliano que al separarse de México, dejase nombrada una administración provisional compuesta de D. José María Lacunza, D. José Linares y D. Luis Méndez, individuos conocidos por sus ideas liberales y de quienes quizá esperaban los franceses que ratificaran algunas de las convenciones iniciadas con el Imperio, ó que celebrarían alguna otra, que aunque por el momento no podía ser aprobada por el gobierno republicano, más tarde llegaría á servir de base para reclamar directamente de México ó por conducto de otra nación poderosa, lo que entonces se estipulara. Los franceses no habían contado con la voluntad de los propuestos para hacer esta postulación; pero Maximiliano, Miramón, Márquez y el Padre Fischer, no podían suponer que así fuera y creyeron más bien que existía una intriga entre los franceses y los liberales imperialistas, para obtener la retirada de Maximiliano, quedando siempre el gobierno provisional sostenido por alguna fuerza de Francia. Si algún apoyo francés había de quedar en México, los conservadores querían mejor que fuese en beneficio de su partido y no para una administración que evidentemente había de ser contraria á sus convicciones. Cuando, sin embargo de los esfuerzos que se hacían, Maximiliano insistía en su marcha con decisión, los políticos residentes en Orizaba comprendieron que sus trabajos no bastarían para impedirla y cambiando entonces de rumbo, se limitaron á criticar á los postulados para el nuevo gobierno, haciendo entender al Emperador que estos tenían compromisos para entregar el país á la República de los Estados-Unidos y que sería conveniente, ya que Maximiliano había de dejar el poder, que lo resignase en la administración que eligieran los Consejos de Ministros y de Estado, que eran los cuerpos más elevados del gobierno imperial. Pesó este dictámen en el ánimo siempre vacilante de Maximiliano, quien para proceder con más acierto, procuró conferenciar con Mr. Scarlett, plenipotenciario de la Gran Bretaña y que á la sazón se encontraba en Orizaba y le consultó respecto de este paso que se le aconsejaba. Scarlett, que había creído deshonoroso para el Emperador que abandonara el país como un prófugo, creyó prudente que aquella resolución se hiciera saber de una manera solemne á las autoridades nacionales, para que ellas proveyeran á la nueva administración que México debía tener.